TOM. II. NUM. 47. —169— 3 DE MARZO DE 1844.

LA RISA,

ENCICLOPEDIA DE ESTRAVAGANCIAS.

Atractivos del invierno.

II.

Despues de las encantadoras escenas que presenciamos en el invierno, y que algunas de ellas bosquejé en mi articulo anterior, qué cosa mas agradable y recreativa á los ojos del filósofo, que ver en un dia de aquellos en que se hielan las aguas del estanque del Retiro, estarse una madre junto al brasero, calentándose las rodillas y enfriándose el cogote, con su gatita en la falda, para que el animalito no se resfrie, y llorando un chiquillo á su lado á moco tendido, que se rasca con ferocidad los sabañones!!! Cada dedo del angelito parece un salchichon de Vich, y sus manos se asemejan á esos guantes mónstruos que ponen los guanteros por muestra á la puerta de sus fábricas.

Si grandioso y magnífico es el espectáculo de los sabañones, vive Dios que en nada le cede el que ofrece la humanidad resfriada.

¡Eeeet.... chum!.... ¡Eeeet....Chum! grita con arrogancia el mortal dichoso que tiene la fortuna de coger un buen constipado, de los que califican los inteligentes de *encefalitis incipiente*, que penetrando por las membranas *dura mater*, *pia mater* y *aragnoides*, no se contenta con la irritacion de las *meninges* ó *flógosis* cerebral, sino que simpatizando y haciendo cosquillas en la *pituitaria*, membrana situada en los senos frontales y fosas de la nariz, produce el estrepitoso estornudo.... el magestuoso *¡Eeeet.... chum!* á cuyo eco atronador felicitan todos los oyentes al mortal constipado, con las corteses frases de ¡Salud! ¡Jesús! ¡Dios os asista! ú otras que demuestran hasta la evidencia que el hombre acosado de una *cefalalgia* catarral, merece las simpatías de todos los demas, cualquiera que sea el matiz político y literario á que pertenezcan. En una tertulia, en el salon de las Córtes, en el Senado, en la iglesia, donde quiera que resuene el ¡Eeeet.... chum!

Todos rinden su saludo
con bondadosa eficacia
al que estornuda con gracia.
¡Oh poder del estornudo!

Y no se crea que solo en España merece bien el que estornuda. Los italianos le saludan con cierta esclamacion cariñosa que manifiesta lo mucho que se interésan *per la sua felicita*. Los franceses le tributan unos su *A vos souhaits!* otros *Dieu vous bénisse!* Lo mismo que los ingleses *God bless you!* No se muestran menos corteses los alemanes manifestando su *Hochhachtung für die Gessundheit* del que estornuda. Y por este estilo saludan al estornudador en los demas puntos de todo el orbe; por manera, que para ser universalmente querido, no hay como coger un buen constipado de cabeza. Hasta Dios proteje á los que adolecen de esta enfermedad; pues el refran dice que Dios ayuda al que estornuda.

Un autor *franchute* ha dicho no obstante, que el reuma cerebral (*le rhume de cerveau*) es la mayor calamidad del mundo cuando establece su cuartel general en las narices de un actor, de un orador, ó de cualquiera persona obligada á hablar ó á cantar en público; pero yo replico que no perjudica nada al hombre, cualquiera que sea su posicion en la sociedad, el nunca bien ponderado catarro cerebral, que le pone la nariz abultada, magestuosa y colorada como un tomate, dándole el aire de ángel.... esto es, de ángel mofletudo y lloron, con sus ojazos saltones ribeteados de coral. ¡Oh imagen encantadora y sublime! Y el actor? Y el orador? Si á la elocuencia de sus palabras se añade el sonido bronco de puchinela y el estampido del estornudo, qué mas se puede desear? Y si el héroe constipado se sienta en los bancos de la oposicion, qué ministerio por

fuerte y parlamentario que sea, resiste á una andanada de estornudos? Dícese que el mismo Júpiter fué acometido por esta terrible enfermedad y que solo pudo librarse de ella á merced de un formidable hachazo que le aplicó Vulcano en las narices. Bien se conoce la ignorancia de los tiempos antiguos! El siglo presente, siglo de ilustracion y de progreso, aunque no sea mas que por la gloriosa invencion de los fósforos que han sustituido al pedernal, al eslabon y á la yesca; este siglo de mejoras positivas, ha descubierto tambien como un gran remedio para las narices esclavas de un pronunciamiento catarral, inundarlas de sebo ardiente, que cual bálsamo odorífico y consolador, aplicado antes de acurrucarse entre sábanas, produce maravillosos efectos.

Con todo, penetrado de que uno de los mas bellos atractivos del invierno es la multitud de reumas cerebrales que nos regala, me atrevo á aconsejar á cuantos sientan sus efectos en las narices, que por abultadas que las vean, por encarnadas y lustrosas que se les pongan, no hagan uso jamás de semejante remedio, y mucho menos siendo casados, pues el sebo no huele á rosas, y podria el catarro tener consecuencias fatales para la cabeza del enfermo.

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

ORACION PARA LA CUARESMA.

Antes que el diablo
con saña impía
nos lleve en pos,
ruega por nos
Santa María
Madre de Dios.

Ya están vedadas
por nuestro mal
las badajadas
de carnaval.
La morisqueta
despareció
con la careta
y el dominó.
Sin mas trofeos
ya que la cruz,
guapos y feos
salen á luz.
¿Mis intenciones
no bastarán?
¿Mis oraciones
me salvarán?
Oye lo que hablo,
señora mia;
y antes que el diablo
con saña impía
nos lleve en pos,
ruega por nos
Santa María
Madre de Dios.

Yo me confieso
si criminal
seguí el esceso
de carnaval.
¿Quién á la treta
no sucumbió
de la careta
y el dominó?
¿Quién por modorro
quiere la paz
con el socorro
del antifaz?
Por culpas tantas,
con santa fé
digo á tus plantas:
¡pequé, pequé!
Oye lo que hablo,
Señora mia;
y antes que el diablo
con saña impía
nos lleve en pos,
ruega por nos
Santa María
Madre de Dios.

Dijo un prelado
en un sermon,

que era pecado
comer turron.
Muchos comieron;
mas yo por mí,
ni me lo dieron
ni lo comí.
Nada me amaga;
me salvaré
si Dios me paga
lo que ayuné.
No habla conmigo
lo del turron:
por eso digo
con devocion:
Oye lo que hablo,
Señora mia;
y antes que el diablo
con saña impía
nos lleve en pos,
ruega por nos
Santa María
Madre de Dios.

Las viejas lelas
quieren los frailes,
y las mozuelas
grescas y bailes.
Aquellas fieles
se salvarán,
y estas crueles
lo purgarán;
Que Dios propicio
manda el perdon
con un silicio
como un punzon.
Yo tanto y tanto
me atormenté,
que soy un santo
Bartolomé.
Por eso te hablo,
Señora mia;
y antes que el diablo
con saña impía
nos lleve en pos,
ruega por nos
Santa María
Madre de Dios.

Ya no me atiza
la tentacion;
tengo ceniza
de salvacion.
Mis torpes vicios
sacudiré,
y á los oficios
no faltaré.
Hielos y nieblas
no han de evitar
que á las tinieblas
vaya á rezar.
Y asi sin sustos
iré tambien
donde los justos.
Amen, amen.
Y si aunque te hablo,
Señora mia,
quisiera el diablo
con saña impía
llevarme en pos,
ruega por nos
Santa María
Madre de Dios.
Ruega, Señora,
con alma fuerte;
si no, no hay mus.
Hasta la hora
de nuestra muerte
Amen Jesus.

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

LA BRUJA.

II.

Y cuenta la historia, que la tia Calandria, ya casi repuesta de su nocturno espanto, salió en paños menores al ventanillo; y al ver el dia, conoció desde luego que habia pasado la noche; y santigüándose devotamente (como era su costumbre), vistióse á toda prisa, y, espulgándose al paso, bajó á entablar su plática ordinaria con las gallinas.

Las gallinas eran los seres predilectos de la tia Calandria: en ellas depositaba su cariño; con ellas desahogaba su corazon, y consultaba sus secretos... —Napoleon, el capitan del siglo, cababa las plantas, y cuidaba con todo esmero de las aves: hé aquí el fundamento de su gloria. Y no se juzgue, por ende, que la tia Calandria quisiera parodiar al héroe de Marengo, porque el amor á las gallinas estaba grabado en su corazon; era una *simpatía gallinesca*, tenaz, incontrastable, de aquellas que combinan los astros, y que son el alimento de las almas sensibles.

Desde la infancia sintió la tia Calandria el gérmen devorante de esa pasion á las gallinas, fuente inagotable de sus goces, y despues orígen inmediato de su desesperacion, que la llevó al estremo de intentar *un suicidio contra sí misma*, como verá el lector en el discurso de esta historia.

La muger pasa en amar toda su vida (dice un fisiólogo francés): cuando niña, se enamora de sus muñecas, y es aturdida y juguetona; cuando jóven, de sus amantes, y es apasionada; cuando vieja, de Dios y de sus santos, y entonces es beata.

Pero la tia Calandria no era del vulgo de las mugeres; original en todo, y desnuda enteramente de los hábitos comunes á su sexo, era un individuo característico y aislado; era una escepcion viviente, una individualidad emancipada que vive dentro de sí misma; uno de aquellos seres que no encuentran tipo en la sociedad; era mas bien un tipo sin copias; era.... la tia Calandria! con lo que todo queda dicho. Oh! seres escepcionales, privilegiados y poéticos, que con erguida frente descollais sobre los otros seres, mirándoles caminar por la trillada senda, como carneros en piara!..

«Los que en alas de un genio sin segundo»
os apartais del comunal sendero,
«la frente en Dios, la planta en el profundo...»
¡qué tragos tan horribles os da el mundo,
ese mundo prosáico, rutinero!

Dígalo, por mas señas,
la tia Calandria
cuyo genio fué origen
de su desgracia;
porque en el mundo
se mofan los entecos
del mofletudo.

Y no hay en el mundo un cojo
con muletas,
á quien no causen enojo
las piruetas.

Ni hay setentona sin dientes
que delante de las gentes
no diga con mil gestos
y contorsiones:
¡Jesús, y qué indigestos
son los piñones!

Y en prueba de mi argumento,
voy á contaros un cuento,
que es una historia mas bien;
porque, ó miente mi memoria,
ó el hecho pasó en Jaen,
donde me cupo la gloria
de ser protagonista de la historia.

Yo soy, por mis pecados,
una figura estravagante y fea
con pelos encrespados;
y en calles y en estrados,
no hay quien sin risa mi figura vea.

Y aunque causa ¡por Cristo! pesadumbre,
que á uno le llamen feo, si lo es mucho,
yo, acostumbrado, sin pesar lo escucho....
¡santa conformidad de la costumbre!

Por complemento de tan triste facha,
crecer dejo sin tino mis guedejas,
por órden especial de mi muchacha,
que ha jurado cortarme las orejas,
si ve (de las orejas) una hilacha.

¡Yo os maldigo, despóticas mugeres,
y á tí con todas, capilar verdugo!!....
Mas ¿qué digo? ¡perdon! Si así te plugo,
mis pelos crecerán cuanto quisieres.

Si el melenoso al motilon prefieres,
¿me he de quedar pelon, como un besugo?
Antes, hermosa, tragaré un mendrugo
con zarazas de agujas y alfileres.

Antes...

—*Al cuento!* con sañudos gritos
esclaman los lectores;
que ya nos tienes fritos
en la negra sarten de tus amores!
—Perdona, lector discreto.
—Ya divagas como un tonto!
—Si no me atajas tan pronto
iba á endilgarte un soneto.

Era un soneto á mi amor,
era un soneto á mi niña....
—Mas, al cuento!—No haya riña,
vuélvome al cuento, lector.

Yo gasto melenas, crecidas sin fin;
la causa de aquesto conócesla bien:
con ellas, amigo, me hallaba en Jaen,
lugar de la Mancha, cercano á Berlin.

Era un lunes por la noche,
y acababa de almorzar,
cuando se sintió parar
cerca de mi casa un coche.
—«El alcalde os quiere ver,»
(me dijo entrando Melchor)
—Y qué quiere ese señor?
—No sé lo que pueda ser.
—Es una visita rara!
—Y si viniese á prenderos?...
—Yo respetando su vara,
cien sombreros me quitára,
si tuviera cien sombreros.

Y con ademan canijo
penetró en la sala un viejo,
que arrugando el entrecejo
sin salutacion me dijo:
—Si no cortas á cercén
esas tus melenas hoy,
vas á salir ¡por quien soy!
desterrado de Jaen.
—Yo temblando y entre dientes,

al alcalde respondí:
Por qué condenais así
mis melenas inocentes?
—Pelos largos, ya por tales,
son de suyo criminales!
en las zagalas están muy naturales,
aunque las lleguen á los calcañales....
pero en los zagales
dan de corrupcion señales!
En fin, esas melenas longitudinales,
untadas con aceites muy perjudiciales,
que parecen matorrales
por lo vedijosas y descomunales,
anuncian en el hombre vicios mundanales!..
Son inconstitucionales,
heréticas, judáicas, inmorales,
supérfluas y antisociales,
y origen ¡si señor! de muchos males!
—Pero, alcalde, mirad bien....
—Si no te las cortas hoy,
has de salir ¡por quién soy!
desterrado de Jaen.
Doce minutos te doy
para raparte á cercén!...
Por los alguaciles voy
para que atentos estén....
Y salió de mi cuarto con desdén.

—Hay caso mas singular?
díje con risa de hiel,
¡que á mi quiera rapar
un alcalde de lugar
melenicida y cruel!
Me destierra, si resisto,
su autoridad monteril...;
¡que venga el barbero listo,
y me deje, voto á Cristo,
mas pelon que un alguacil!
Mas, qué digo? estupefacto
yo no sé qué hacer, señor!
Si me las corto.... en el acto
corto, con ellas, el pacto
de mi venturoso amor!
Morondo como un lampazo,
de mi bien iré á las rejas,
y al darla el primer abrazo,
del primer tigeretazo
me rebana las orejas!
Nunca haré tal desatino!
(clamé ciego de corage);
y montando en un pollino
tomé á galope el camino,
sin pagar el hospedage.
Se hubo el bridon de cansar;
y tuvimos que emprender
un combate singular,
yo por hacerle volar,
él por pararse á pacer.
Yo me encomendé al Bautista,
y enarbolando ademas
un cañon de larga vista,
¡cielos!.... me siguen la pista!!
díje montando hácia atrás.

Y al fin supe, á duras penas
ya puesto en Madrid en salvo,
que el alcalde *Juan Colmenas*
detestaba las melenas
porque el maldito.... ERA CALVO!!!

Pero volvamos á la tia Calandria. Cuenta la historia (como llevo dicho) que esta muger era en un todo diferente de las otras; porque, si bien es cierto que el amor dominaba sus potencias, y que, bajo este aspecto, se hallaba comprendida en la regla del fisiólogo, que supone á las mugeres coqueteando en todas las fases de su vida, primero con las muñecas de carton, despues con los muñecos de carne y hueso; y en última instancia, con Dios y con sus santos.... estremo de coqueteria que me hace esclamar;

Oh! muger coquetona
que ni á la corte celestial perdona:

la tia Calandria, digo, separándose del comun de las mugeres, supo individualizar su amor como ninguna, concretándole á un solo objeto, al objeto simpático de su corazon... á las gallinas!—Muger incomparable! Mas de una vez, al contemplar el gallo, tuvo tentaciones de volverse gallina, metamórfosis estraordinaria que no apuntó Nason entre las suyas: pero es lo cierto que nunca tuvo lugar semejante transformacion, y que la tia Calandria murió, á los veinte lustros, tan virginal y pura como un incensario.

¡Loor eterno á la tia Calandria la mas constante de las mugeres! En su niñez, amó á las gallinas; en su juventud á las gallinas, en su vejez á las gallinas, y siempre á las gallinas!... porque las ga-

llinas hicieron palpitar su corazon por vez primera, y el último aliento de su existencia estaba consagrado á las gallinas. Y este amor gallinesco, inalterable, con la niñez nacido, contaba largos dias de existencia; porque la tia Calandria, en la época de la historia, ya habia leido setenta calendarios, y comido noventa veces *sopa de almendra*, para celebrar el nacimiento del Salvador.

E. F. Sanz.

COSTUMBRES RUSAS.

San Petersburgo 6 de febrero de 1844.

Gracias á mis amigos, pude conseguir dinero para el viaje. Gracias á mi dinero, logré un asiento en las Peninsulares; y gracias á estas, salí de la corte, no sin sentimiento de perder por algun tiempo los goces y guaridas que en Madrid me habian proporcionado mis diez años de permanencia. Metíme en la diligencia como Pedro por su casa, despues de calcular y temblar y recelar y reflexionar qué clase de compañeros me tocarian. Decia yo, porque sabia que todos los asientos estaban ocupados legítimamente; si á cada uno le diera la gana de ser un hombre gordo, y quien dice un hombre dice una muger, ¿qué seria de mi cuerpo y de mis brazos y de mis piernas atravesando en prensa tantas leguas? Y se conoce que mis compañeros de viaje, que ya estaban acurrucados cuando yo monté, abrigaban el mismo temor; porque cuando les anunciaron mi llegada, sacaron la gaita por la ventanilla y esclamaron con tono de satisfaccion: ¡Albricias, que tambien es delgado! Tocóme buena gente en honor de la verdad, y no aventuraré nada en decir que tambien yo simpaticé con los viageros. A la media legua escasa de camino, todos sabíamos nuestras vidas y milagros; sacamos cada uno nuestra merienda, y tomamos aliento para proseguir con ánimo, tan larga y penosa espedicion. Mi compañero de la izquierda, jóven del año setecientos y pico, abogado segun nos dijo, y no segun las apariencias, traia sumergido en un bolso del chaleco un frasco de licor de apio, que nos brindó sin duda de muy buena voluntad, y nosotros porque no dijera se lo bebimos con la mejor fé y sinceridad del mundo. Valia este ciudadano un caudal para compañero de viaje, si no fuera por un maldito mozo que tiene en casa, á quien él llama su *cachican;* porque sin duda le viste de deshechos, y aunque una prenda se le caiga de mugre, antes que tirarla, prefiere ir incomodado todo el camino á que su *cachican* carezca de ella. Digo esto, porque cuando rompimos la marcha le vimos un sombrero entre las piernas, que desde que hay sombreros en el mundo no se ha visto cosa mas detestable. Era de una cosa que en algun tiempo fué seda sobre fieltro, y ahora tenia honores de grasa sobre sebo. Si le hubieran arrimado una mecha, arde él, arde la diligencia, y ardemos todos como hachas de viento. Era mas que viejo, porque los viejos solo se quedan calvos de la cabeza, y él no tenia un pelo en todo el cuerpo. El ala habia volado para siempre á pesar de que su amo le daba muchas alas con sus caricias: la copa era tan pequeña que no podria uno emborracharse aunque se la bebiera llena de ron; y por último, lo mejor que tenia era la cinta de una seda blanca muy parecida al bramante. Picados todos de la curiosidad, preguntamos al camarada qué destino reservaba para aquel mueble tan inútil. ¿Cómo que inútil? nos contestó el amigo: si está casi nuevo, dejen Vds. que le pasen la plancha, y verán cosa de gusto. A fé que le está esperando mi *cachican*, que si no fuera porque va á contraer matrimonio, y le quiere estrenar aquel dia, maldito si yo enagenaba este glorioso recuerdo de mis antepasados. Y esto diciendo, le tomó con ambas manos con mas cuidado que si llevara un niño Jesus de cera ó un castillo de dulces. Entre estas y las otras, pasamos los Pirineos con un frio que nos soplábamos las uñas. Echamos un sueño, y cuando despertamos deseosos de tomar un refrigerio, y mas de estirar las piernas, preguntamos al mayoral que cuando mudaban el tiro. Ya pronto, respondió el de la diligencia; en llegando á Moscow. ¡A Moscow! esclamamos todos los viajeros asombrados. Sí, señores, á Moscow, replicó el mayoral; y dando cuatro latigazos á las mulas, prosiguió la marcha cantando

En Cadiz tropezó un fraile
y en Sevilla se cayó.
Se fué rodando hasta Francia
y en Rusia se levantó.

Paró por fin el coche, bajamos á comer, y por unas pocas patatas fritas con agua, que nosotros llamamos cocidas, nos hicieron aflojar un duro por barba. Nosotros deciamos que eran cocidas, y el posadero sostenia que eran fritas; y nosotros contestábamos ¡que no son fritas! y el posadero replicaba ¡que no son cocidas! y entre estas y las otras, y sobre si fueron fritas ó fueron cocidas, se armó una de palos, que ya me pesaba haber salido de Madrid, como á D. Frutos Calamocha haber abandonado á Belchite.

Harto de llevar las piernas encogidas, tuve por conveniente no volver á montar en la diligencia, y continué mi camino en el caballo de S. Francisco. El termómetro apuntaba 10 bajo 0, y yo crei perder las narices de frio, como sucede por esta tierra á

mas de cuatro. Encontré muchos caminantes sin orejas, sin narices y sin dedos, y eso que se toman muchas precauciones, y apenas sale un hombre de su casa sin llevar un brasero en la tripa colgado como quien lleva una caja de fósforos; pero amigos mios, en Rusia hace mucho frio, principalmente en Moscow desde que le quemaron sus habitantes con motivo de la invasion de Bonaparte. Yo espero salir pronto de esta tierra de nieves, y aunque me derrita los huesos pienso no parar hasta la línea equinoccial donde los pájaros se achicharran de calor.

Cosas muy orijinales tengo que contar de Rusia. Sus costumbres son tan chocantes, que á cada paso ofrecen espectáculos increibles á los hijos del mediodia. Aquí come el que tiene pan, y el que no, ayuna; pero lo mas admirable está en que todos comen por la boca, huelen con las narices, oyen con las orejas, y andan en dos pies, escepto algunos que andan en cuatro como en España, no sé si por instinto, ó porque no les han enseñado mas. Lo que no me estraña nada, porque estoy acostumbrado á verlo en mi tierra todos los dias, es que por acá los pobres son millonarios y los ricos piden limosna. Los jóvenes están todos con un pié en la sepultura, y los viejos empiezan á vivir. A los soberanos se les trata como si fueran verdugos, y los verdugos mandan y tienen vasallos y condecoraciones y tratamiento de Magestad. Hasta los virtuosos son malvados, hasta los liberales son serviles, y hasta los creyentes son ateos. Todo anda trocado por esta tierra, Sr. Ayguals: no venga Vd. por aquí, donde los literatos están podando viñas, y los cabadores hablan de literatura, que es de ver á estos patanes criticar á los ingenios y dirigir la opinion pública. El año pasado un mozo de labor que era alcalde, metió preso á su amo. Es verdad que luego el amo le despidió, y desde entonces que no come; pero por un gustazo ¿quién no lleva un trancazo?

Lo que le divertiría á cualquiera de esa tierra lo mismo que á mí, es el ver todas las profesiones trocadas. Es de ver al cura tomando el pulso á los enfermos, y el herrador cantando misa y confesando á los devotos. El sacristan afilando tigeras, y el boticario gritar por la noche en la calle ¡las doce en punto.... y sereno!!! Aquí cortan el pelo y afeitan los carpinteros con el escoplo y la azuela; y yo por mis propios ojos he visto á un sartenero estañar las patas á un galgo que se perniquebró cayendose de la cama. Y porque el perro no sanó, quisieron formar causa al calderero y embargarle los bienes, á lo que el pobre hombre contestó: ¿qué bienes, señores, si no tengo mas que una burra vieja, que está para entregar el alma al Redentor?

Me olvidaba lo mas interesante de las costumbres rusas, que es la parte de diversiones. He estado en el teatro de Moscow, que es un puerto de Guadarrama: he dicho poco, es el Polo Glacial; pero la compañía no he visto cosa mas caliente y destemplada, no sabe hacer mas que tragedias. Algunas veces pareciame oir los versos de Breton de los Herreros y D. Ramon de la Cruz; pero luego me desengañaba de que lo que presenciaba no era sainete ni comedia de costumbres, porque en este género de composiciones no hay catástrofe, y las funciones que yo he visto, todas han acabado en una espantosa y sangrienta degollacion. Salió una noche el autor á anunciar que al dia siguiente se despedia la compañía con la representacion de Cárlos II. ¡Pobre Cárlos III! Los trages no eran malos, pero habia anacronismos y contrastes tan graciosos como una Inés con ropage antiguo y peinado á la moda, y un Fr. Froilan con barbas de capuchino y hábito de dominico. Sin embargo, la funcion fué completa; porque para darla mayor interés, convino la empresa en rifar ¿qué dirán Vds.? ¡UN CARNERO!!! Apenas podia yo creer lo que escuchaba. Se han visto en el mundo monstruosidades, como niños de tres cabezas y corderos con cuatro patas; pero rifar un carnero en una funcion dramática es un fenómeno que no han visto los nacidos. Merece ser embalsamado el autor de la ocurrencia, y ocupar un lugar preferente entre los bichos raros de la Historia Natural. Con mas miedo que si metiera mano en cántaro para salir soldado, presenciaba yo la rifa del carnero, rogando vivamente al cielo que no me tocára la suerte de llevar los cuernos á casa; pero no me valió. Parece que la suerte dijo para mí, al que no quiere caldo, la taza llena: y así fué, salió el 124 premiado, que era exactamente el número de mi asiento. Corríme al pronto de vergüenza: pero luego dije: venga la pieza, que mas vale algo que nada: puede que si Dios me ayuda, dentro de un siglo tenga una piara de dos ó tres mil cabezas de ganado; y estoy resuelto á dar al carnero una vida como un obispo. Ocurrióme alguna dificultad al tiempo de bautizar la criatura, porque llamarle Cárlos II hubiera sido rebajar la dignidad del carnero. Llamarle Fr. Froilan, sobre ser impropio, tiene algunos visos de reaccion; por lo cual determiné llamarle *el hechizado*. Solo me resta decir por hoy, que pián pián me vine con mi *hechizado* á esta aldea de San Petersburgo, donde permaneceré hasta que las nieves me dejen tomar otro rumbo. Aquí estoy sin saber de Vds., ni de los compañeros de diligencia, ni del *cachican* cuyo sombrero tan alegres ratos me dió durante el camino.

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

AMBIGÚ.

CORDERO.

Los sesos, las orejas, las lenguas, las chuletas y las manos de cordero se preparan del mismo modo que los de carnero, y nos referimos á lo dicho.

Cordero asado.

Despues de haber mechado un cuarto de cordero por el un lado con pedacitos de tocino delgados, se estenderá del lado opuesto sobre manteca derretida: se empanará con miga de pan, yerbas finas, sal y pimienta, envolviéndolo todo en un papel untado de manteca, y cuando ya está cocido, se quita la cubierta, se vuelve á cubrir al lado empanado con nueva miga de pan, se hace que tome color, y se sirve, rociándolo con zumo de limon ó vinagre.

Espaldilla de carnero en bola.

Despues de haber preparado la espaldilla, se la da una forma redonda, se blanquea y se mecha con tocino muy delgado, para ponerla á cocer á un fuego poco ardiente. Cuando está ya á punto; se desata, se deja escurrir para helarla en seguida, y servirla sobre achicorias, sustancia de cebollas ó cualquiera otra salsa.

Espaldilla de cordero con criadillas.

Se la quitan primeramente los huesos, y se mecha por la parte de adentro con criadillas cortadas en pedacitos; se sazona y se le da una figura redonda; encima se mecha con tocino fino, poniéndola despues en un perol á fuego lento con su sazon conveniente y se sirve con su mismo cocimiento reducido.

Despojos ó menudos de cordero con tocino.

Desangrados y limpios los bofes, cabeza, corazon, hígado y pies de cordero, se cuecen en el caldo, añadiendo pedacitos de tocino, un ramillete, zanahorias y cebollas: para su salsa se ponen dos vasos de vino blanco, peregil, cebollas, tomillo, laurel, ajo, algunos clavos de especia, y una cucharada de aceite; y despues de haber puesto en infusion esto por algun tiempo á un fuego manso, se pasa por tamiz para servirlo muy caliente en una salsera, ó sobre los despojos dispuestos en un plato, á saber: la cabeza en el centro, los sesos al descubierto, y al rededor todo lo que resta. Este plato se considera como entrada.

Cuarto de cordero asado.

No tiene diferencia alguna de todos los asados ordinarios preparados como el carnero, vaca ó ternera; pero es mucho mejor como lo hemos indicado, y cuando se enfrie se le puede echar salsa blanca y rodearle de sus costillas empanadas.

Cabeza de cordero.

Se la quita la mandíbula inferior, y se deshuesa la cabeza hasta debajo del ojo; se limpia y se echa á cocer en una salsa blanca, para servirla con un aderezo de setas y una salsa italiana ó alemana.

CERDO.

OBSERVACION.

Consisten las entradas de cerdo en sus costillas en parrilla ó en asador, á las que se añade una salsa cualquiera: sus lonjas de jamon, sus riñones cocidos en vino y las colas asadas.

A los Sres. Suscritores.

Con la entrega 50 concluirá el segundo tomo de La Risa. Se repartirán en breve á los que han adelantado su importe, los retratos de los Sres. Breton de los Herreros, Hartzenbusch, Principe y Bonilla.

Los señores suscritores se servirán renovar oportunamente la suscricion, para no esperimentar retardo. Los que adelanten el importe de 25 entregas, tendrán opcion á cuatro retratos.

En el tomo tercero se dilucidarán entre otras las interesantes cuestiones siguientes: Si es preferible tener mucho apetito y poca comida, ó mucha comida y poco apetito: Si vale mas muger fea y rica, que pobre y hermosa: Qué es mejor entre ser viejo con salud y jóven sin ella: Qué sería peor entre ir en el invierno en trage de verano, ó en verano en trage de invierno: ¿Vale mas ser rico y tonto, que sábio y pobre?

MADRID.—1844.
Imprenta de la Sociedad Literaria.